

LA RECOMPOSICIÓN DEL NOSOTROS – UN DESAFÍO CULTURAL

Norbert Lechner *

2002

Sabemos de los sentimientos de inseguridad y desconfianza social que exhiben los chilenos. Conocemos las dificultades para nombrar y conversar lo que nos pasa. Salta a la vista la retracción al mundo privado y la familia. ¿A qué razones se deben estas tendencias tan notorias en la sociedad chilena? Una de las razones sería la debilidad del Nosotros. Es lo que afirma una tesis del informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre el *Desarrollo Humano en Chile 2002*. Haciendo una lectura personal de los resultados, sostengo que dicha debilidad de las experiencias prácticas y los imaginarios colectivos del Nosotros tiene consecuencias para la política. A mi juicio, falta un relato que relacione los procesos políticos y las experiencias subjetivas de los ciudadanos.

Las ambivalencias del desarrollo

En América Latina, la precariedad de la ciudadanía parece estar relacionada con la situación económica. Las personas estarían imputando el desempeño de la economía a la responsabilidad del gobierno. Y, a continuación, su evaluación del desempeño gubernamental condicionaría no sólo la satisfacción con el funcionamiento de la democracia, sino también la adhesión al régimen democrático. O sea, un mal desempeño de la economía podría afectar la estabilidad y legitimidad del sistema democrático. Por supuesto que dicha correlación debe ser más matizada. Basta comparar el caso de Argentina, donde una severa crisis económica y política está acompañada de una mayor adhesión al sistema democrático, con el de Chile, donde un crecimiento económico sostenido va a la par con un apoyo disminuido a la democracia. Esta última constelación es muy especial. De acuerdo a la encuesta nacional del PNUD (2002), sólo el 45% de los chilenos entrevistados prefieren sin más el sistema democrático; adhesión muy inferior al 62% en Argentina (febrero 2002).

Lo específico del caso chileno parece ser la disparidad entre los avances exitosos del desarrollo socio-económico del país y la percepción subjetiva de los chilenos. Un signo de ese desajuste sería la indiferencia que manifiesta un tercio de los entrevistados en relación al régimen democrático. Apenas doce años después de salir de una dictadura y en medio de un crecimiento económico sostenido por más de una década, a un 32% de los entrevistados le da lo mismo el régimen político. Ese desinterés es más fuerte entre las personas de estrato socioeconómico bajo. Pero no depende sólo de las condiciones económicas de las personas. Sostengo que tienen similar importancia sus experiencias subjetivas.

Cuadro 1

Adhesión al régimen democrático, según estrato social

	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Democracia preferible	63	53	45	40	45
Gobierno autoritario	20	25	19	16	19
Indiferencia	12	17	32	39	32
NS / NR	5	5	4	5	4
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Una aproximación a la subjetividad social y su incidencia sobre la acción ciudadana es facilitada por la mencionada encuesta del PNUD. Un primer indicio aporta la auto-imagen que se hacen los chilenos de si mismos. A pesar de los impresionantes avances que ha realizado el país durante los últimos doce años, el 59% de los entrevistados opina que es más lo que han perdido con los cambios ocurridos. Una tendencia similar caracteriza la auto-percepción en relación al sistema económico. A pesar de un crecimiento económico que permitió doblar la riqueza de Chile en la pasada década, mejorando el bienestar de todos los chilenos, sólo el 38% de los entrevistados se siente “ganador”. La mitad de ellos se percibe, por el contrario, como “perdedor” del desarrollo económico.

Cuadro 2

Auto-imagen en relación a los cambios del país

Si usted mira en general los cambios que ha tenido Chile, cree que... (porcentaje)

Es más lo que hemos perdido	59
Es más lo que hemos ganado	36
NS – NR	5
Total	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Pues bien, ¿qué significa “perdedor”? ¿En qué piensan quienes consideran haber salido perdiendo con la notable transformación de la sociedad chilena? Podría expresar la decepción por un resultado que no corresponde a las expectativas creadas o una frustración respecto a los réditos prometidos. Podría explicitar la derrota previsible en una competencia de participación obligada. De los datos se desprende sólo la influencia del nivel socioeconómico del individuo. Las personas del estrato medio-alto y alto suelen verse como ganadores y aquellas de nivel medio-abajo y bajo tienden a exhibir una auto-imagen de perdedor. Sin embargo, las percepciones que tiene la gente acerca de si misma no parecen responder a un cálculo de costo-beneficio económico. Las imágenes son representaciones sociales y no mero reflejo del nivel de vida. De hecho, un número significativo de entrevistados del grupo socioeconómico medio-alto tiene la idea de haber salido perdiendo, mientras que otros de nivel medio-bajo realizan un balance positivo. En suma, “ganar” y “perder” serían nociones que desbordan el ámbito económico.

Un segundo indicio acerca de la subjetividad de los chilenos ofrecen sus sentimientos en relación al sistema económico. Es sabido que un mayor bienestar material no tiene que traducirse necesariamente en sentimientos de alegría y felicidad. Aun así resulta llamativo que el 54% de los entrevistados se sienta inseguro. Si a los sentimientos de inseguridad le agregamos los de pérdida y enojo, resulta que 75% de las personas encuestadas exhibe sentimientos negativos frente a la economía. Esta tendencia es tanto más sorprendente por cuanto no respondería a una coyuntura. A pesar de un crecimiento económico menor en los años recientes, la mayoría de los entrevistados confía en no perder su empleo en los próximos doce meses. ¿A qué se debe pues el sentimiento de inseguridad? Podría reflejar el miedo a perder los beneficios conquistados. O una percepción de la propia vulnerabilidad por el desajuste entre los riesgos y los recursos disponibles. Los datos ofrecen una sola pista, pero relevante. El nivel socio-económico de los individuos tendría una influencia limitada.

Cuadro 3

Sentimientos frente al sistema económico

¿Cuál de los siguientes sentimientos lo representa mejor frente al sistema económico chileno? (porcentaje)

Inseguridad	54
Confianza	16
Enojo	10
Pérdida	10
Entusiasmo	5
Orgullo	2
Ninguna	2
NS – NR	1

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

El tercer indicio sobre la subjetividad social me parece el más significativo. Concierna la evaluación que hacen los chilenos de los cambios que tienen lugar en el país. Quiero recalcar una vez más cuán favorables son los indicadores empíricos acerca del desarrollo de Chile en los diversos campos de la vida social. Nadie cuestiona los grandes éxitos que exhiben los tres gobiernos de la Concertación y, no obstante, muchos chilenos no aprecian y valoran estos logros. Un tercio de los entrevistados afirma que dichos cambios carecen de brújula y no tienen destino. Y la mitad de ellos sostiene que "a pesar de estos cambios, las cosas siguen siendo igual".

Cuadro 4

Evaluación de los cambios

Si usted mira todos estos cambios en el país, usted diría que estos cambios.... (porcentaje)

A pesar de estos cambios, las cosas siguen siendo iguales	50
Son cambios sin brújula y no tienen un destino claro	34
Tienen una dirección clara y se sabe dónde van	14
NS – NR	2
Total	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Existe una correlación positiva entre el nivel socioeconómico del individuo y la idea que se hace de los cambios en curso. Las personas de estrato bajo suelen pensar más bien que "las cosas siguen siendo igual", mientras aquellas de estrato medio-alto tienden a evaluar los cambios de manera positiva. Pero la variable socioeconómica no puede explicar que una proporción tan grande de los entrevistados tenga una percepción negativa.

A mi juicio, la evaluación negativa revela que la experiencia subjetiva de la gente queda muy distante de los cambios en la sociedad. Por un lado, sería producto del supuesto sinsentido de embarga nuestras maneras de convivir. Muchos chilenos no le estarían encontrando sentido a los cambios. O bien, dichos cambios no serían significativos para su vida cotidiana. De cara a un proceso ininteligible, muchas personas podrían sentirse perdidas. Esa vivencia de desorientación puede motivar la auto-imagen de "perdedor". Supongo que una de las razones que les impide entrever la significación de esos cambios consiste en la ausencia de esquemas interpretativos.

No alcanzan a comprenderlos y, por ende, tienden a vivirlos (sufrirlos) como fuerzas ajenas y hostiles que avanzan ciegamente a sus espaldas.

Por el otro lado, la brecha entre los procesos de cambio y las experiencias subjetivas de los chilenos indicaría que muchos de ellos no viven los avances logrados como algo suyo. Aparte de las razones cognitivas (carencia de claves interpretativas), ellos podrían sentirse ajenos por razones emocionales. Los sentimientos tan extendidos de inseguridad, enojo y pérdida sugieren que ellos no han establecido (o han cancelado) un compromiso afectivo con el desarrollo del país. En estos casos, la subjetividad herida impide una apropiación de los éxitos alcanzados.

En ambos casos, son notorias las dificultades de las personas para sentirse sujetos del proceso social. Sea que en su auto-imagen ellas no se estarían viendo como participantes en la definición y decisión del rumbo que toma el país. Sea que presuman que fuerzas adversas (el “sistema”) les haya expropiado un desarrollo que debería haber sido suyo. En ambos casos, los individuos no se estarían percibiendo como ciudadanos que gobiernan su destino. Ahora bien, si acaso ellos no experimentarían la democracia como un ejercicio de gobierno ciudadano, entonces los cambios en curso han de parecerles no sólo ajenos, sino un proceso fuera de control. En tales circunstancias, cuando las personas no se sienten parte de un proyecto, bien pueden pensar que los cambios no conducen a ningún destino. Y un sentimiento profundo de abandono e impotencia podría llevarlas a creer que, a pesar de los cambios, nada habría cambiado para ellas.

El desafío cultural de la política

De ser correcta mi interpretación, significaría que una proporción relevante de chilenos tiende a desvincularse afectivamente del país y de su desarrollo. Ellos estarían sintiendo que han quedado al margen del proceso y, por ser “perdedores”, tampoco se identifican con él. Esa desvinculación de los cambios sociales podría extenderse a la política. La notable indiferencia respecto al régimen democrático sugiere que el desarraigo afectivo ha calado hondo. Las consecuencias son previsibles. Cuando las personas dejan de tener un compromiso emocional con la marcha del país, es probable que ellas tomen distancia asimismo de quienes lideran el proceso: los gobiernos de la Concertación. En realidad, para quienes viven las transformaciones en curso más como una amenaza que como una conquista, ¿qué le deben a la Concertación?

A partir de esta hipótesis formulo mi argumento. Sostengo que un desafío mayor de la política chilena radica en la creación de un relato – un “cuento de Chile” – que ayude a dotar de sentido y de valor los actuales procesos de cambio social. Ya vimos que muchos chilenos carecen de relatos que les permitan interpretar los avances del país como algo significativo en la experiencia subjetiva de cada cual. Dichos relatos son historias de un Nosotros. Cuentan las luchas por conformar sujetos colectivos y sus esfuerzos, exitosos y frustrados, por organizar su convivencia. Pues bien, no hay Nosotros que no sea narrado una y otra vez en torno a la misma pregunta: ¿quiénes somos, de dónde venimos, a dónde queremos ir? Sólo en ese marco, las personas podrán percibir y valorar como suya la marcha del país. Y dicha apropiación (cognitiva y emocional) del desarrollo nacional echa las bases para que su conducción política también sea asumida como algo propio.

La brecha entre ciudadano y política representa una tendencia general y Chile no hace excepción. No sería correcto, en general, atribuir el fenómeno a una despreocupación de los políticos. Ellos suelen conocer bien la situación social de la gente; en todo caso,

más que los periodistas e intelectuales. Sin embargo, su esfuerzo tiende a fracasar. El desempeño insatisfactorio tendría un doble aspecto, según Pierre Rosanvallon. Por una parte, los políticos no alcanzarían a presentar a sus electores una interpretación inteligible y comprensible de la realidad. Por la otra, tampoco logran traducir las experiencias cotidianas de la gente en un discurso político coherente. Esa distancia entre vida social y política – inevitable, en cierto grado - tiene que ver, sin duda, con las transformaciones de una sociedad que ya no se deja aprehender con las categorías analíticas habituales. Se ha vuelto bastante evidente que carecemos de códigos de interpretación adecuados.

Producir un “cuento de Chile” sería pues una especie de puente entre la subjetividad de los chilenos y la marcha del país. Esa re-construcción del relato de Nosotros es una tarea eminentemente política. Diría que, en la actualidad, representa el gran desafío cultural de la política. Ahora bien, tratándose de esquemas de interpretación, no puede haber un relato único. Por el contrario, la lucha política consiste precisamente en la competencia entre diversos “cuentos”, cada cual buscando que los ciudadanos se reconozcan en su visión de las cosas. Se trata de una lucha cultural por dar nombre y sentido a las experiencias cotidianas de los ciudadanos, donde ganará quien brinde una interpretación más verosímil de lo que nos pasa, de lo que tememos y lo que anhelamos.

Para respaldar la importancia que le atribuyo al desafío cultural de la política, paso a destacar algunas dificultades que enfrentaría una reformulación del “sentido común” (sentidos comunes) que anima el desarrollo de Chile. Del informe sobre *Desarrollo Humano en Chile* (PNUD 2002) se desprenden varias tendencias que indicarían un debilitamiento del Nosotros. En rigor, no dispongo de datos que permitan comparar el Chile actual con períodos anteriores. No obstante, parece plausible que tanto la imagen que nos hacemos del Nosotros como las maneras prácticas de experimentar un Nosotros sean más precarias ahora. Falta resaltar los efectos recíprocos entre ambos elementos. La fragilidad de los imaginarios colectivos inhibe una percepción más integral de la convivencia social. A la inversa, la flexibilización de los vínculos sociales dificulta la conformación de una imagen fuerte de Nosotros.

Algunos cambios culturales

La sociedad chilena ha vivido en los últimos años profundos y acelerados cambios culturales. Si entendemos por cultura “las maneras de vivir juntos” (UNESCO), no caben dudas que las transformaciones de nuestra convivencia social son enormes. A veces esos cambios se diluyen en el diario vivir. Por eso, tan sólo a modo de ilustración, destaco tres tendencias que están modificando drásticamente nuestro habitual modo de vida.

Los procesos de globalización son un ejemplo del alcance que tienen los cambios culturales. El uso masivo de las nuevas tecnologías, la expansión del turismo internacional, el consumo de productos importados ejemplifican la interiorización de fenómenos globales en la convivencia diaria. Pero su impacto principal es menos visible porque atañe las coordenadas básicas de espacio y tiempo. En parte, rompen con la dimensión nacional que tuvo el espacio social en los siglos pasados. Al socavar las fronteras nacionales ponen en cuestión, de manera mucho más general, la prerrogativa de la política de fijar los límites de la convivencia: límites entre inclusión y exclusión, lícito e ilícito, aceptable e inaceptable. En parte, la globalización revoluciona la forma moderna de estructurar el tiempo en pasado, presente y futuro. Ella no sólo acelera la obsolescencia del pasado; el protagonismo del tiempo real y de la simultaneidad pone en duda nuestra capacidad de imaginar un futuro diferente. Por lo

mismo, imprime al modo de vida una fuerte “presentismo” e incrementa su contingencia. Vale decir, estamos ante una notable redefinición de nuestros imaginarios.

Otra de las mega-tendencias de la época es la mercantilización. Entre las múltiples consecuencias que tiene la acelerada expansión del mercado, destaco tan sólo el paulatino desplazamiento de la sociedad de trabajo por una sociedad de consumo. Ejemplo de ello, la flexibilización de las relaciones laborales y la preeminencia del consumo alteran la significación del trabajo en la experiencia subjetiva de la gente. Hoy en día, el trabajo ya no procura los lazos de identificación y solidaridad o las normas éticas del individuo. El consumidor introduce un nuevo giro en la convivencia: más individual, más tenue, centrada en los deseos y placeres.

Por último, subrayo una tercera tendencia de cambio cultural: la mediatización de la comunicación. Salta a la vista la influencia que tienen el mundo audiovisual y los medios masivos sobre la convivencia cotidiana. Gracias al fácil acceso a la televisión se ha extendido una vasta “cultura de la imagen” cuyos efectos sobre nuestros universos simbólicos e imaginarios apenas conocemos. Basta mencionar el protagonismo de la moda y la publicidad en la vida diaria para apreciar la magnitud de signos, símbolos e imágenes que circulan. Ellos están acompañados por una característica sobresaliente de la época: la estética. El criterio estético se ha vuelto crucial para evaluar no sólo bienes y servicios, sino igualmente a las personas. Dicha “estetización” atraviesa diversos aspectos de la vida social, incluyendo el ámbito político. So observa una “espectacularización” de la política que obliga a repensar su carácter.

Una erosión de los imaginarios del Nosotros

Adoptando un enfoque muy simple, podemos distinguir tres grandes imaginarios. En Chile, diría que el Nosotros suele ser concebido por medio del Estado. Siendo una “sociedad estado-céntrica” por excelencia, la identidad del Nosotros echa sus raíces en el imaginario estatal. La centralidad del estado se afianzó mediante la construcción política de la memoria nacional a lo largo del siglo XIX y la creciente integración de la diversidad social durante el siglo XX. No cabe duda que en el Chile actual, el papel del estado como imagen del Nosotros ha disminuido fuertemente. Se debilita no sólo su anclaje en la experiencia cotidiana de los chilenos (educación, salud). También se desdibuja su discurso como encarnación de una comunidad de ciudadanos. El estado deja de simbolizar la totalidad social. Apenas logra transmitir una imagen que represente a la sociedad en su conjunto.

Otra forma tradicional de representar el Nosotros es la nación. Sin embargo, el arraigo de esa “comunidad imaginada” parece bastante disminuido. Desde luego que las personas se sienten chilenas y que pueden tener en determinadas circunstancias (fútbol) una vivencia fuerte de lo nacional. Pero estudios cuantitativos y cualitativos indican cierto vaciamiento de “lo chileno”. Más de la mitad de los entrevistados opina que lo chileno o no existe o no se deja definir. El imaginario nacional parece ser desmentido por la experiencia cotidiana de los chilenos. Resulta paradójico que un gobierno militar haya contribuido mucho al debilitamiento de lo chileno. No menos relevante empero, sería la experiencia actual. En la medida en que la gente se siente excluida de la sociedad y vive a diario su impotencia para controlar el rumbo de su vida, las imágenes tradicionales y los íconos habituales de la chilenidad pierden credibilidad. Lo chileno ya no representa un mundo común para muchas personas.

Cuadro 5
Percepción de “lo chileno”

Existen distintas formas de entender o definir “LO CHILENO”, frente a esto usted cree que... (porcentaje)

Lo chileno está en nuestras costumbres, valores e historia	42
No se puede hablar de lo chileno, todos somos distintos	30
Hoy en día es difícil decir qué es lo chileno	28
NS – NR	0
Total	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

La imagen bucólica de “empanada y vino tinto” parece ser el mínimo denominador del Nosotros nacional. Esa fragilidad de la identidad nacional en su “versión oficial” suscita la búsqueda de nuevos referentes de identificación. Como en otros países, esos esfuerzos de recomposición tienden a desembocar en categorías naturales; la identidad étnica opera como un ancla natural e inamovible en medio de un cambio profundo de época.

Cuadro 6
La herencia cultural

Todos sabemos que los chilenos somos una mezcla de distintas culturas, unas indígenas y otras extranjeras... Usted se siente más cerca de... (porcentaje)

La herencia cultural de los pueblos indígenas	71
La herencia cultural de los pueblos extranjeros	25
NS – NR	4

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

La debilidad del “Nosotros los chilenos” podría ser compensada por un “Nosotros los ciudadanos”. En un período post-nacional la democracia puede representar un potente imaginario del Nosotros. Es lo que sugiere la noción de “patriotismo constitucional” (Habermas) al inscribir en los principios y procedimientos de la constitución que ordena nuestra convivencia el sentido de pertenencia y solidaridad. En el caso de Chile, sin embargo, la democracia no representaría un imaginario colectivo en el cual los chilenos se reconozcan como miembros de una comunidad. Acorde a la encuesta citada, la mitad de los entrevistados exhibe más bien una imagen cínica. La visión elitista o consumista de la democracia indica que las personas no tienen una experiencia de ciudadanía como acción colectiva.

Cuadro 7
Imágenes de la democracia

Si tuviera que explicar a un niño lo que es la democracia en Chile ¿cuál de los siguientes ejemplos utilizaría?

Un juego de azar donde muchos juegan y pocos ganan	35
Un partido de fútbol donde se trata de ganar, pero con reglas de juego iguales para todos	24
Un barco donde todos –de capitán a marinero- colaboran	22

Un supermercado donde cada uno saca lo que necesita	14
NS / NR	5
Total	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

La transformación del mundo personal

A la par con la erosión de las imágenes tradicionales del Nosotros, se debilitan las experiencias prácticas que podemos hacer. Cabe presumir que, en la actualidad, resulta más difícil que treinta años atrás que un chileno pueda experimentar un Nosotros en su diario quehacer. Aparte de los cambios culturales ya mencionados, una “flexibilización” generalizada de las relaciones sociales ha vuelto más tenue el vínculo social y más porosas a las identidades colectivas. Pero el fenómeno sobresaliente resulta ser el avance acelerado de la individualización. La tradición comunitaria de Chile se ve trastornada por la fuerza y rapidez con que el individuo suele desvincularse de los antiguos valores y lazos solidarios para decidir, por su propia cuenta y responsabilidad qué quiere hacer y quién quiere ser. La individualización representa pues una expansión de las capacidades y las oportunidades que conquista la persona para definirse a “si mismo”. El vigor de ese proceso de emancipación puede apreciarse en ámbitos privilegiados de la tradición como es el caso de la religión. Siendo Chile un país muy creyente, resulta llamativa la gran proporción de entrevistados que “cree en dios a su manera”. Parece ocurrir una individualización de la fe que escapa al dominio institucional de las iglesias.

Cuadro 8

Una individualización de la religión

¿Cuál de las siguientes preguntas expresa mejor su espiritualidad o inclinación religiosa? (porcentaje)

Creo en Dios a mi manera	58
Creo en Dios y participo de una iglesia	33
Soy una persona espiritual / mística	5
No creo en Dios, creo sólo en la dignidad del ser humano	2
Ninguno	1
NS – NR	1
Total	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001

La auto-realización de “si mismo” no es un acto solitario; implica una re-vinculación que está inscrita en la trama social. La individualización se apoya en los recursos (económicos, educacionales, emocionales) que brinda la vida en sociedad. Con frecuencia, sin embargo, la persona no logra contar con las herramientas necesarias. El resultado es una individualización frustrada. Las personas se ven compelidas a hacerse individuos al mismo tiempo que perciben el escaso control que tienen sobre sus vidas. Este tipo de desajuste entre los valores proclamados por la sociedad y su vivencia concreta podría ser una de las principales causales del agobio y estrés que sufren tantos chilenos.

Cuadro 9

Control del rumbo de su vida

Mirando el rumbo que ha tomado su vida, usted cree que ese rumbo ha sido principalmente el resultado de...

	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Sus decisiones personales	65	54	46	35	44
Circunstancias que le ha tocado vivir	33	43	53	64	55
NS / NR	2	3	1	1	1
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001

Más precario es el manejo efectivo de la vida personal y más grande ha de ser el sentimiento de impotencia. Las personas tienden a percibir su entorno como una realidad ajena y hostil a la vez que pierden la auto-confianza en sus propias capacidades. Ellas suelen hablar de la sociedad como de una "máquina" que avanza de manera automática. Para no ser devoradas por ese mundo anónimo y adverso, las personas se retiran de la vida social y se repliegan al mundo familiar. Quienes se sienten excluidos de la sociedad, abandonados y humillados, pueden terminar por auto-marginarse. Una sola consigna parece válida: cada cual ha de arreglárselas solo, preocupándose exclusivamente de su familia. Alrededor de un tercio de los entrevistados obedecen a una conducta que los antropólogos describen como "amoral familism".

Cuadro 10

Disposición a la privatización

Está usted de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación: **si en mi casa las cosas andan bien, la situación del país es poco importante para mí.** (porcentaje)

De acuerdo	32
En desacuerdo	67
NS – NR	1

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001

La magnitud que tiene la retracción a-social tiene su contraparte en la importancia asignada a la familia. Muchas veces ella se vuelve el último refugio frente a una sociedad agresiva y despiadada. Ella operaría como una fortaleza que defiende al individuo acosado en contra del mundo social. No sólo eso, para la gran mayoría de los entrevistados la familia sería el ámbito donde mejor lo pasa. Ahora bien, considerando su función en las estrategias de repliegue a-social, la significación de la familia estaría cambiando. Si antes su relevancia residía en el papel intermediario (de solidaridad y socialización) entre individuo y sociedad, ahora ella estaría suplantando la vida social. La familia parecería funcionar como un sucedáneo de sociedad.

Cuadro 11

La importancia de la familia

¿En qué momento se siente Ud. más parte de la sociedad en que vive?

Cuando está con su familia	42
Trabajando / estudiando	27
Habla de lo que pasa en el país	17
Ve televisión / escucha radio	6
Con sus amigos	6
NS / NR	2
Total	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

En estas condiciones no es de extrañar que la familia termine sobre-exigida. Ella habría de entregar no sólo apoyo material y afectivo a sus miembros, sino también protección y estabilidad emocional, reconocimiento simbólico y garantía de futuro. La sobrecarga es obvia cuando se añaden los retos que conlleva la compatibilidad de dos proyectos de vida en la pareja, y las dificultades que enfrenta la autoridad de los padres en relación a los hijos. En consecuencia, muchas veces la familia tiende a ser exaltada y, al mismo tiempo, considerada como una institución en crisis.

Cuadro 12

Las dificultades de la familia

Usted diría que en la actualidad las familias en Chile son... (porcentaje)

Una institución en crisis	31
Una fuente de tensiones y problemas	28
Un refugio frente a los problemas	24
Un lugar de amor	15
NS – NR	2
Total	100

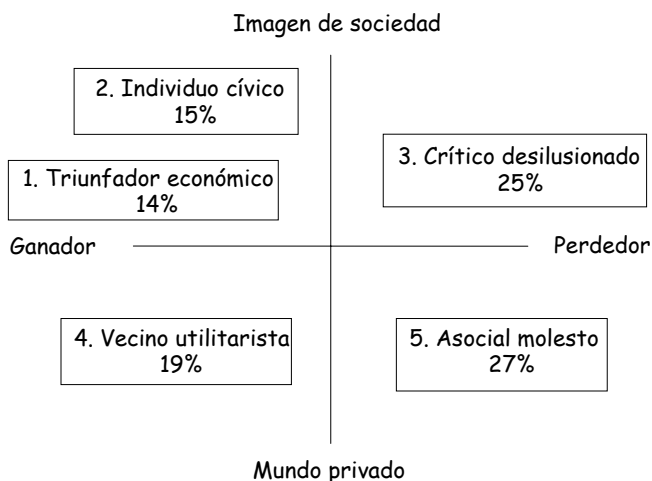
Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Los fenómenos mencionados deberían haber ayudado a evidenciar el argumento. Primero, han cambiado profundamente las eventuales experiencias de sociedad que pueden hacer los chilenos. Los desafíos que enfrentan la individualización y la familia en el Chile actual muestran bien lo difícil que se ha vuelto descubrir un Nosotros en el trato cotidiano. Hoy día, las formas de vivir juntos parecen exigir menos intensidad y compromiso emocional. Toman un aire más liviano – light – y, por ende, también alivian las relaciones. Si la experiencia práctica de un Nosotros tiende a difuminarse, ello podría tener efectos sobre el imaginario. Segundo, parecen haber cambiado asimismo las imágenes de sociedad. Si la convivencia social no está estructurada por algunos pocos ejes ordenadores, resulta más difícil hacerse una idea de ella. Y ya pudo apreciarse cómo tiende a disminuir la credibilidad de los antiguos imaginarios.

En resumidas cuentas, los cambios culturales conllevan una erosión de los habituales mecanismos de integración social. La “unidad” de la vida social, ese “orden” de tanta y tan apasionada significación en la historia de Chile, se encuentra cuestionado por las nuevas maneras de convivir que desarrollaron los chilenos. Una convivencia mucho más diferenciada, más “individualista” y “privatista” si se quiere. Existen muy diversos estilos de vida, con diferentes tipos de sociabilidad y distintas visiones de mundo. Junto con celebrar la libertad y creatividad que se manifiesta en dicha diversidad, cabe

preguntarse acerca de las significaciones comunes que aglutinan a las diferentes experiencias.

Una diversidad disociada



Fuente: elaborado sobre la base de Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Una idea de la diversidad social brinda un análisis multivariado de la encuesta del PNUD. El ejercicio permite distinguir cinco grupos de individuos de rasgos coherentes y perfiles diferenciados. Estos grupos se encuentran estructurados en torno a dos ejes que sintetizan las variables de mayor incidencia. El gráfico ayuda a visualizar las cercanías y distancias entre ellos. Y, por sobre todo, obliga a reflexionar acerca de los procesos de comunicación entre ellos. Considerando las diferencias en las experiencias subjetivas y los mundos imaginarios, ¿qué comunicación pueden establecer el “individuo cívico” y un “asocial molesto”?

La sociedad chilena parece caracterizarse por una diversidad disociada. Una diversidad que favorece un Desarrollo Humano de Chile y, a la vez, una disociación que lo obstaculiza. En la medida en que las dinámicas sociales despliegan tendencias centrífugas – tanto en las condiciones materiales como en las percepciones subjetivas – crece el desafío de la integración social. Sobre este trasfondo se aprecia la prioridad que tiene la política en su tarea de construir un “mundo en común”.

Retomo mi argumento central. A la luz de los cambios reseñados en las prácticas y representaciones de la convivencia, las ambivalencias del desarrollo en Chile parecen estar relacionadas con la debilidad del Nosotros. Para constituirse, para que el Nosotros sea reconocido por los otros, ha de narrar su historia. No hay un Nosotros sin un relato que cuente – y que de cuenta, agrega Jesús Martín Barbero – la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser. Narrando esa tensión se teje asimismo el sentido que pueden tener los cambios sociales de estos años. Contar la historia de Nosotros es contar el sentido de lo que hemos hecho y de lo que queremos ser. Ese es el “cuento de Chile” que está pendiente.

* Doctor en Ciencia Política. Investigador del Programa de Desarrollo Humano del PNUD en Chile. El texto es de responsabilidad exclusiva del autor.